

# Triptico en loor de Nuestra Señora la Virgen de la Luz, Patrona de Cuenca

Por Leonardo Gabaldón Vallés



## EL RIO

TRISCANDO por los riscos, siempre ufano, baja en a sus augas, cruzando mares —verdes como sus arroyos— de pinares, para coger al Huécar de su mano.

Trovador y gentil, río serrano, llega a la vieja puente. En los altares de la ermita se empujan los azahares, escuchando al cantor más veterano.

Tanto el Júcar se arroba y se conmueve, enamorado de la Madre hermosa que ha varado a su altura vacilante.

El agua represada al fin se atreve a seguir, y en su vena, presurosa, camina bendecida hacia levante.

## LA CIUDAD

HAN bajado la noche dulces hadas y tendiendo sus velos en la frente de mi ciudad, la mecen dulcemente, con el rumor del río acompañadas.

Una a una de las casas, descolgadas, se entregaron al sueño mansamente, mientras que de mangana, lentamente, el silencio vendimia campanadas.

Todo es paz y sosiego. Ya la bella forma rotunda de la blanca luna ha llegado hasta Cuenca de puntillas.

Acunada en el Cáliz por la Estrella, pregonando su gozo y su fortuna, besa y besa a la Virgen de rotillas.

## ELLA

IGUAL que el triste naufrago procura aferrarse a una tabla, cuando nada para salvar su vida amenazada así te buscaré en mi desventura.

¡Qué suerte, si en la postrera singladura queda la barca de mi vida anclada en el sereno mar de tu mirada y proteges su humana arboladura!

Si la Luz en tu rostro está cautiva —de soles y de lunas resol puro— anhelo que me alumbres noche y día.

No me dejes el alma a la deriva. ¡Guieme tu candil hasta el seguro puerto donde tú reinas, Madre mía!

## Soñada verdad La Virgen de la Luz

(Viene de la PAG. CUARTA ESPECIAL) ciudad donde el pasar no tiene sentido porque está hecha de sí misma, permanente y eternidad humanizadas, como un alarido del agua verde de su río que sube el azul del cielo concretado en el caserío donde una humanidad desterrada ama y sufre, es decir, gira entre los polos eternos del amor y del dolor. Gira Cuenca representando la alucinante tragicomedia de la vida. Gira y gira, siempre igual, sin ayer ni hoy, como la luz de la fe o la luz de la inteligencia, creadora del orden inteligible del mundo.

La ciudad, ahora al coronar a la Virgen de la Luz, se afirma corazón de España. Quizá es el ánimo de los conqueses la coronación de su Patrona no trasciende del área local; más para el extraño que sintió la revelación del secreto nacional cuando la vio por primera vez, la Virgen que hoy es coronada le habla y dice de la verdad soñada y anhelada por la permanente sustancia de un pueblo.

A mí, quizá el más extraño a lo que Cuenca concibe y cree, la ciudad en fiestas para coronar a su Patrona la Virgen de la Luz me conmueve y arranca de lo hondo en vuelo de oración palabras bíblicas que son voluntad pura: "FIAT LUX".

(Viene de la PAG. CUARTA ESPECIAL) bolo rústico del candil que ilumina la charla familiar cabe la lumbre... Tras Ella, tras su guía, iban los más decididos pechos y os más nobles razones que Cuenca produjo. Tras la estela vacilante de su luz terrena, caminaban aquellos hombres que no conocían el descanso en la lucha.

Hoy, su luz ya no se desorienta por el viento, porque Cuenca supo enamorarse de él. Mi "novia del viento", olvida su amorosa circunstancia para que en el candil de la Virgen de la Luz no oscile la débil llamita. Cuenca es hoy, hoguera de fiesta, cabeza de cristiandad y encendido relámpago de corazones apasionados y residencia de nobles anhelos y cueva donde sucumben las malas iras de los aires maléficos y las insidias abrasadoras del sol inhumano. Cuenca, poesía, amor, noviazgo eterno, lanza hoy a los cuatro vientos —el viento auténtico, su enamorado— el grito lamenso de su júbilo y de su fidelidad: La Virgen de la Luz enciende, en corona de estrellas, el candilito de su mano trémula, que iluminó los caminos guerreros de antaño...

# ALQUIMIA Y MILAGRERÍA DE LAS HOCES A la Virgen Rusa

MI SALUDO

Por Ismael Medina Cruz

NO sé hasta que punto puede ser cierto eso de que es necesario perder las cosas para calibrar la verdadera estimación en que las tiene nuestro espíritu. Y perder las cosas —aunque no con carácter de ruptura definitiva— es el separarse o alejarse de ellas. Pero el separarse o alejarse de ellas, de refrán, que como al refranero habrá que ponerlo en perpetua cuarentena para mejor salud de los corazones, la verdad es que yo salí de Cuenca, y de la calle de la Moneda más concretamente, con los Evangelios todavía muy limpios y muy recientes. Y que ahora, a bastantes años ya de mi venida al mundo tapia por medio con la alcoba de la tía Marieta, me encuentro convertido en un riego enamorado de mi tierra. Tal vez no tanto como ese magnífico tipo de hombre que se llama Federico Muelas y que se ha metido a golpes de milagro o de brujería —para un buen conquesense estas dos cosas no parecen tener un límite muy claro— la magia de un alquimista, la gracia de un poeta, el empuje de un obispo y la pijotera inquietud de cualquier soldado del Tercio de Uclés.

Una buena mañana de otoño, y muy envuelto en mantillas y toquillas, me metieron en un tren destartado y me tocó hacer el viaje que tantas generaciones de pastores serranos vienen haciendo, desde Dios sabe cuándo, por cañadas reales en busca de buenos pastos para el invierno. Así pasé la raya de Despeñaperros y fui creciendo entre la tentadora siesta de los surcos de olivar. Pero hay algo que se me metió entonces en el alma. Ese algo era el interminable y perpetuo calorío de los chopos que crecen sobre las escasas aguas del río Huécar. Cada noche ahorcájalas sobre este silencio teológico y absoluto que tienen todas las noches de la Diócesis, el calorío de los chopos arrullaba y velaba mis sueños de lactante. Muchas veces luego, sepultado entre las mantas de la alta cama de hierro con perinolas doradas, tal vez en la misma en que nací, he permanecido horas enteras desvelado tratando de desentrañar el mensaje secreto que se colaba sin pausa y sin descanso por las grietas de la vieja ventana.

En este misterio del chopo, virgen por siempre a toda curiosidad, he cifrado mi pasión conquesense que, si físicamente me viene casi por accidente, tiene un tronco cordial y apasionado cuya primera raíz arranca de muy lejos. En este misterio seco, empinado, escueto, absorto e inquietante del chopo y ese otro misterio de la luz de las hoces que también tiene su buen caudal de milagrería.

Desde una de esas terrazas inverosímiles que contra toda ley de equilibrio se asoman a las aguas verdes del Júcar, casi justamente por encima de la puerta de San Juan, he contemplado los juegos de alquimia del chopo y la luz que, en carreras sin ruido, hacían un recorrido sentimental desde el claustro de las Angustias al pórtico de la Serranía que tiene su fideísmo espiritual en la ermita de San Anton.

Esta ermita pequeña, recoñida, silenciosa donde cada tarde un rosario de mujeres de sayas negras, chal negro y pañuelo negro a la cabeza hace la guardia a una Virgen familiar que se la adueña del secreto de Cuenca. Tan dueña y señora es de los encantamientos de la hoz nuestra Virgen, que se llama la Virgen de la Luz. Y allí está, al borde del río, envuelta eternamente en el Te Deum que le cantan el Júcar, el chopo y el aire. Llevando por los siglos la contabilidad entrañable y sin número de los que entran y salen por el puente. Y despidiendo todos los días del año a los muertos que se paran cada mañana y cada tarde ante su portada de piedra rocomida por los frios del invierno. Esos muertos que, en un postrer aliento vital, parecen estremecer su rigidez al recoger el adiós del chopo, de la piedra, del río y de los hombres en la reducida plazuela de San Anton y con los que la Virgen entabla el breve diálogo de la bienvenida antes que se vayan entre silencios por el camino empinado de la Fuensanta.

Pero Cuenca posee también un por-

tillo familiar e íntimo por donde entran los hombres de la sierra y los huertanos. Es la Hoz del Huécar, con su continuación ciudadana en la calle de los Tintes. Esa hoz que conoció la lenta andadura de tantos canónigos y que conserva, prendidas en la canción de sus fuentes, mil deliciosas historias cortesianas. Es la hoz que conoció el encanto de piedra fué roto un día por un aburrido puente de hierro que por los siglos hará recordar la vertical armonía de un puente romano por el que se escapa camino del Socorro el temblor estremecido de las callejas por donde el licenciado Torralba paseaba el susto sin sueño de un imposible destino.

Así es la Cuenca que se me enrosca al corazón en mi alejamiento. Y así es también la que tantas veces he visto a través de las historias oídas algún invierno en torno a la estufa familiar con el aroma inconfundible de los mejores pinos de la sierra. Y la que hemos cantado con dolorosa alegría los que enhelamos cada día la evasión al silencio de sus hoces o de sus conventos abandonados.



¿A dónde vas, Zagala?  
¿Por qué dejaste  
de mi tierra las rocas,  
y los apriscos  
quedaron solitarios  
entre los riscos?

¿Por qué, Zagala hermosa,  
Virgen ruseña,  
has venido en jornadas  
desde mi tierra?

¿Es que ya los zagales  
a Ti no quieren?  
¿O has venido a buscarme?  
¿Qué buena eres!

Tú ya sabes me tienes  
enamorado,  
y a pesar de la ausencia  
no te he olvidado.

¿No recuerdas las coplas  
que Te cantaba,  
recostado a la sombra  
de tus majadas?

Deja que en tus mejillas,  
con embeleso,  
mis ojos, al mirarte,  
pongan un beso;  
y entre tus manos  
el corazón herido  
que Tú has llagado.

Tu figura de carne,  
bella Pastora,  
en los campos del Cielo  
tan sólo mora;  
¡aquí, en la Tierra,  
¡RUS, Te llama la Manchal  
¡Y LUZ la Sierral

Juan José BAUTISTA

## A Nuestra Señora de la Luz

# La mejor ofrenda

Por JOSE L. GOMEZ

Bajo una lluvia de estrellas y sobre un suelo alfombrado de rosas; escolta da por la más nutrida representación de imágenes, que constituyen su Corte de Amor, la Virgen de la Luz, Reina Celestial y Patrona de Cuenca, va a ser, en esta mañana jubilosa, coronada canónicamente, según el anhelo y fervor populares de su grey.

Miríadas de palomas, llevarán, a través del espacio, su mensaje de adoración a la Virgen, hasta posarse en las más altas torres de las catedrales españolas, y en los campanarios de infinitas iglesias, nidos de cigüeñas esparcidos por el solar patrio.

Su inmaculada blancura, símbolo perenne de esa otra blanca, Inmaculada de Nuestra Señora de la Luz, nos recuerda en todo momento aquella visión de Santa Juana de Arco, cuando al expirar, consumida por el fuego, una blanca e impoluta paloma, salió de su boca para ascender al Cielo. Era su alma purísima y nivea.

Esta es la lección que debiéramos retener en este día de fiesta. No bastará con que nos alegremos y vitoreemos a nuestra Madre Celestial; no, tampoco con nuestra dádiva, que coadyuvó a hacer tangible y efectiva esta Fiesta de Gracias. Esta era una obligación; un deber.

¡Beber, más; que aquí, como en la lección evangélica, conviene saber que no dió más, quien dió de lo que le sobra; sino aquellos pobres que han dado su óbolo de lo que tenían y necesitaban para su sustento.

Pero, sobre todo, —repite,— que la ofrenda mejor que podremos hacer a la Virgen de la Luz, en estas horas que preceden a la de su Solemne Coronación, es la ofrenda de nuestra propia alma. Que esos millares de palomas, partan de nosotros mismos, para dirigirse a los cuatro puntos cardinales de nuestra Patria llevando sujeto con anilla de oro, el mensaje de Fé y de pureza, que Ella nos reclama con tanta insistencia y que nosotros parecemos obstinados en negarle.

¡Madre! Debiera bastar esa invocación dulcísima, para que, nosotros, sus hijos, llorásemos sobre su tibio regazo y, eligiendo este día como símbolo y norma de conducta, nos arrepintiésemos de los pasados errores, y nos congratinásemos con la Madre espiritual que el Cielo nos otorgó.

Si, como dijo un poeta «nunca es más grande el hombre que cuando está de rodillas», postrémosnos de hinojos a sus

pies, ofrezcámosle nuestras riquezas a la vida, que, así tendremos un no en el Cielo. Más, si tras el júbilo inenarrable que a todos nos posee, precursor de otro aún más fuerte, en instante mismo de la Coronación, medida que nuestros pasos se van alejando de la Venerada imagen, se aleje también nuestro espíritu, nuestra presencia y nuestra aportación resultarán estériles y baldías. La alegría propia de los espíritus fuertes y bien templados en el Amor a la Virgen. Por ello, la expansión justa, será un motivo más de goce, en medio de tantos como han de embargar su corazón de Madre.

Pero, si esa expansión y alegría, discurrirán por los siglos cauces que Angel nos señala; si torcemos a la derecha, por un camino pedregoso o desviados hacia la izquierda, por una senda estrecha que la lluvia embarran entonces, ella, nuestra Madre, se anegarse sus ojos en lágrimas, nubla se la divina vista, y ya esa corona blanca, sería tan solo un ostentoso objeto sin más valor que el meramente material, valorado en cifras por un tasador en joyas; más habría perdido definitivamente ese otro valor inmenso, que ningún perito podría tasar, pues se mota a lo infinito.

Esa Corona que va a cubrir las divinas sienas de Nuestra Señora de la Luz, no es, pues sólo una corona blanca, labrada en oro y pedregos por un artífice genial. Es también, principalmente, corona divina, que acregará placentera, si está, realmente formada con trocitos de nuestro corazón, —del de todos los conqueses, hijos,— que constituyen ese tesoro de rubíes y diamantes, ofrecidos con austeridad, amor y sacrificio.

Tejida su diadema, con el hilillo oro de nuestra conducta, el fulgor de la despedir, penetrará en las almas llenas hoy de congoja y tribulación vivificadas y renacidas entonces, por enderezarse: rumbo al Cielo, donde Ella, la Santísima Virgen de la Luz, aguarda con los brazos abiertos.

OBREIRO, NOY EL MUNDO, COMIEN  
A DAR LA VUELTA; SIN DIOS ES  
POSIBLE SOSTENERSE. EL ORDEN  
ESTA EN LA VERDAD DE LA JUSTICIA Y LA JUSTICIA ES PURA PALABRA SIN DIOS.

